

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

JOHN ERSKINE, "*La vida privada de Helena de Troya*", novela, traducción de Alberto Gutiérrez Castro; editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1944. La ficción, en Occidente, no puede prescindir de los inagotables temas griegos: de sus mitos, de su historia, de su literatura. Simplemente, porque Occidente está informado en el espíritu griego. Esta vez es un escritor estadounidense el que retoma un tema griego: John Erskine, el poeta, crítico literario y novelista que, en esta su condición de fabulador, aprovecha, a la manera de Luciano, los temas mitológicos y legendarios para combatir con humorismo, ironía y a veces con sarcasmo los prejuicios y el puritanismo de sus contemporáneos. Y el tema que retoma es —nada menos— el de la *Iliada*. Pero no el mismo que Homero desarrolló en sus hexámetros. El novelista moderno ha prescindido —lógicamente, por tratarse de una novela— de hechos históricos y construido su ficción a partir del momento en que Helena vuelve a su casa de Esparta. La Helena de Erskine no es la Helena de los poemas homéricos; es, sin embargo, una posible Helena. Y es aquí donde comprobamos, una vez más, la durable vigencia de los temas griegos. Erskine quiere reconstruir, no la vida de Helena, sino su concepción de la vida, y, aunque toma esa parte desconocida —ahistórica, diríase— de su vida, la posterior a la guerra de Troya, es la Helena de siempre la que piensa y habla en esta novela. A través de estupendos diálogos (excepto unas pocas páginas iniciales a cargo del autor, la "acción" corre por cuenta exclusiva de los habladores personajes) vemos desenvolverse, lógico, sin fisuras, el pensamiento de Helena. Esta mujer muestra, aquí, una personalidad rica y admirable: tiene un concepto de la vida, coherente, audaz, y no teme exponerlo; sabe lo que quiere y pone, intrépidamente, los medios necesarios para llegar a su fin. Erskine ha estructurado una novela moderna, no estúpidamente arcaizante; evidentemente, las opiniones de Helena no son exclusivas de su tiempo; al contrario, esta Helena es una mujer de hoy, y su novelista del siglo XX ha querido poner en su boca las opiniones de una mujer de nuestros días: de una mujer audaz y revolucionaria, pero realista, nada visionaria; que tiene un modo particular de ver las cosas, y lo dice con seguridad. Erskine, que ya había dado muestras de su capacidad extraordinaria para la ficción (baste mencionar su elogiada y aún intraducida "*Penelope's man*"), nos ha ofrecido en este libro una de las más recias y amenas novelas de lo que va del siglo.

No exagero al afirmar que es uno de los más cautivantes relatos modernos que yo haya leído. Su autor conoce la técnica de la novela; sabe lo que gusta al lector moderno, pero no condesciende con la facilidad de plano inclinado a que éste está acostumbrado: es exigente consigo mismo y exige atención y seriedad al lector. Nada de todo esto está reñido con la amabilidad, la agilidad mental y de estilo, la vivacidad cautivante de toda gran obra.

Esta es creación de un humanista: es obra de relecturas.

Lorenzo N. Mascialino

J. HUIZINGA, "*Homo ludens, El juego y la cultura*", traducción española por Eugenio Imaz, Fondo de la Cultura Económica, México, 1943.

No contábamos, hasta la aparición de este libro, más que con marginales anotaciones al concepto juego como cultura; desde este momento, estamos en posesión del problema planteado en todas sus posibilidades y de una tesis sostenida y fundamentada con la profundidad y riguroso método que siempre ha caracterizado cada línea de Huizinga.

Evidentemente, en este terreno estaba todo por hacer; una estructuración del contenido, una concepción de la razón última del juego no se había realizado antes; materiales sí abundaban para formalizar una sistematizada tesis (Es del caso recordar aquí al meritorio Leo Frobenius, especialmente por sus estudios sobre el juego entre las tribus africanas.): a esa materia ha dado forma este libro. El juego concebido como función biológica, social, religiosa, tiene desde hace mucho, extensa bibliografía; concebido como fenómeno cultural —es decir, que abarque todos las categorías que se dan al juego y que ahonde en aquello que las constituye en lo puramente humano, racional— comienza a tener vigencia a partir de este trabajo.

Huizinga ha pasado revista a todas las posibilidades del juego: para desentrañar lo "cultural" contenido en el juego, examina filológicamente su expresión en el lenguaje: qué términos expresan el concepto "juego" en sánscrito, chino, hindú, japonés, idiomas semíticos, latín, griego e idiomas románicos y germánicos; describe las formas del juego, la competición y sus reglas en lo que es general a todas aquéllas; analiza toda actividad humana en que el juego funciona con expresión evidente o larvada: las formas lúdicas del derecho, de la guerra, del saber, de la poesía, de la filosofía, del arte.

Una vez más nos muestra ejemplarmente el autor de *El Otoño de la Edad Media* un hecho capital en la investigación: el método, el rigor, la precisión; no se deja llevar del deseo de comprobar una tesis asumida